

Capítulo 12 – Luces pálidas

- Capítulo 12 - Luces pálidas

Capítulo 12 – Luces pálidas

Angharad despertó al aroma del desayuno.

Echando a un lado las sábanas — donde Tristan y Maryam habían encontrado un tono de marrón sumamente feo, sin que ella pudiera entender por qué — se incorporó. Aunque había dormido en un lecho de campaña apoyada en el suelo, había tenido una noche aceptablemente tranquila. La Pereduri aún anhelaba conseguir una cama y un colchón adecuados para el cuarto que había reclamado, quizás acompañados de sábanas que no le hicieran sentir que tenía que resentirse.

Al levantarse, se limpió con un paño y una olla con agua tibia del pozo, antes de vestirse con su nuevo uniforme de combate. No había espejo en la habitación, ni mucho menos objetos, solo polvo y las bolsas que dejó ayer, pero en la planta baja usaría uno para asegurarse de que todo estuviera en orden. Al bajar por las escaleras — que crujieron bajo sus pasos — descubrió que Song y Maryam ya estaban sentadas en la mesa de la sala de estar, conversando en voz baja mientras comían y bebían té.

Song asintió en dirección a Angharad, mientras Maryam tragaba un bocado de huevos y tocino, masticando con estrépito. Desde su momento de duda ante ella ayer, la Izvorica había permanecido imperturbable, lo que dejaba a Angharad insegura acerca de cómo comportarse con la otra mujer.

“¿Todavía duerme Tristan?” preguntó Angharad, mirando a Song.

Su capitana negó con la cabeza.

“Se levantó primero,” dijo. “Está en el jardín cavando.”

Muy trabajador, pensó Angharad con aprobación. Ayer se había hablado de plantar hierbas y verduras en el patio para contar con un sustento, por si los productos en Port Allazei se volvieron demasiado caros. Una idea muy sensata. Aunque no había ocurrido en la vida de Angharad, había oído que Frangoch Heights — las tierras al este de Llanw Hall — había cerrado sus caminos a comerciantes en la época de su abuela y el aumento drástico en los precios de la madera y el hierro había casi arruinado a la Casa Tredegar.

Depender de los vecinos para conseguir lo necesario era una situación peligrosa.

La noble se sirvió un plato en la cocina, descubriendo que la comida era obra de Song cuando preguntó, y se sentó a comer con las demás. La conversación era tímida pero cordial y, aunque Angharad terminó su plato con rapidez, no hubo comentarios irónicos de Maryam en su contra. Aunque sus mejillas aún ardían por la vergüenza de haberse humillado llorando su pena ante una desconocida, se atrevía a esperar que aquel silencio persistente significara que habían llegado a una especie de tregua.

Era alentador que la noche anterior Maryam hubiera aclarado ante las demás que no era solo Triglau sino también Izvorica, insinuando que antes no lo habían sabido. Por ello, fue un gesto genuino que la mujer pálida le hubiera dicho eso, no solo una apariencia decorativa.

Cuando Angharad llevó su plato vacío a la cocina, descubrió que Tristan estaba en el vestíbulo limpiándose las botas. El Sacromontano sudaba ligeramente, con las manos y las rodillas cubiertas de tierra, pero al menos había salido solo en su camisa y pantalones, sin ensuciar un uniforme.

“Buenos días,” le saludó. “¿Ya terminó todo el mundo de comer?”

“Buenos días,” respondió Angharad. “Creo que Song pronto terminará su té.”

El hombre de ojos grises gimió en señal de reconocimiento.

“Entonces, mejor me cambio,” dijo.

Bueno, si ya se encaminaba en esa dirección... Angharad aclaró su garganta.

“Compré un peine ayer,” dijo. “Por si buscabas uno.”

Los labios de Tristan se contrajeron levemente.

—Si mi cabello es conocido por estar desordenado, entonces, al peinarlo, puede servir como un disfraz,—le explicó.

Aprecio que intentara no mentir, aunque, dada su familiaridad con las palabras exactas, sus esfuerzos resultaban muy transparentes.

—Mi padre me enseñó un truco para salirte con la suya: usar una verdad que suene como una mentira,—le aconsejó Angharad.—De esa forma, el adversario persigue una falsedad que en realidad no existe.

Él ladeó la cabeza.

—Tu padre parece un hombre sabio,—admitió Tristan.

No debería haber importado, escuchar la palabra de otra persona cuando ella acababa de pronunciarla, pero sí lo hizo. Angharad de repente sentía una profunda tristeza por su ausencia, y luchaba por dominarse.

—Lo fue,—finalmente respondió, y dejó la conversación allí.

Y seguramente muerto, pero la certeza de que había un superviviente en Llanw Hall entrelazaba esa pena con una nueva incertidumbre. Imandi Langa le había contado que un prisionero había sido capturado por los hombres que mataron a su familia, pero no quién era. ¿Un primo, su tío? Probablemente un criado, pero Angharad no podía imaginarse a esos soldados desconocidos considerando que un sirviente de la Casa Tredegar valiera mucho como rehén.

¿Quién pagaría por su liberación si su madre estaba muerta y Angharad misma padecía la deshonra? A menos que conocieran secretos de la casa, y por eso estaban con vida. Debía haber alguna razón por la cual la Casa Tredegar había sido atacada, pues esa masacre había sido cuidadosamente planeada. Pero Angharad no sabía nada, y las únicas respuestas estaban en las manos de otra mujer—por las que habría que pagar, y costaría caro. Sin embargo, el impulso de saber era como un picazón que no podía rascar.

En diez minutos estaban todos listos para partir, un alivio que distraía sus pensamientos. Todos armados, portando las pistolas que Song insistió en que todos adquirieran en la cadera y sus armas favoritas además. La espada de Angharad y la espada recta de su capitán no sorprendieron, pero el hacha de mano sujeta a Maryam sí lo hizo. La izvorica no tenía las callosas manos de alguien entrenado en manejar tal arma, pero debía haber una razón por la cual eligió esa sobre las hojas más comunes.

Tristan llevaba un cuchillo, pero Angharad sabía bien que no era el único que poseía.

Cruzaron el jardín y bajaron por las escaleras, primero atravesando un laberinto de pasajes retorcidos y escaleras en espiral—las ventanas y puertas vacías los miraban como ojos sin párpado, cada metal convertido en manchas de óxido rojizo como salpicaduras de sangre—hasta llegar a la abertura que Tristan había visto ayer desde afuera. Parecía que un patio había sido tallado con el golpe de una sola espada, casas en forma de rectángulos apilados abiertas a ambos lados. Cables oxidados, cada uno del tamaño de un puño, colgaban en medio del espacio con un propósito misterioso, y tuberías de cobre asomaban como costillas.

No había escaleras por las que bajaran a la calle, solo escombros, con piedras lo suficientemente grandes para cumplir su función con poco riesgo.

—Si vamos a quedarnos aquí varios años, quizás sea mejor limpiar esto y colocar unas escaleras dignas,—comentó Angharad.

No deseaba cargar un colchón lleno de relleno por aquí, ni muebles sólidos, en realidad. La Casa Tredegar necesitaba urgentemente sillas.

—Primero deberíamos arreglar la cabaña apropiadamente,—respondió Song.—Necesita una limpieza profunda y más muebles.

“Tredegar tiene razón,” afirmó Maryam, sacudiendo la cabeza. “Si llueve, todo esto se convertirá en una trampa resbaladiza mortal. Deberíamos considerar poner una barandilla de cuerda, al menos.”

Sorprendida, Angharad asintió agradecida por el apoyo. La Izvorica asintió bruscamente en respuesta. Una vuelta agradable y quizás llena de esperanza.

Una vez que estuvieron fuera en Port Allazei, tomaron las calles hacia el este para encontrar la Avenida Arsay, el camino que lleva directamente a Scholomance y que, según se dice, es patrullado regularmente por los negros.

Las estrellas falsas del Gran Orrery cortaron una franja de color verde esta mañana, lo que destacaba aún más que el vecindario alrededor de su nuevo hogar estaba cubierto de árboles y enredaderas, como flores que crecen en huesos de piedra. En dos ocasiones, Angharad vio lo que parecían ser siluetas observándolos desde los techos, pero nadie salió. Solo les tomó diez minutos llegar a la Avenida Arsay, que encontraban bastante concurrida.

Dado la hora — ya casi las seis cuarenta y cinco, según el reloj de Tristan — eso no fue una sorpresa. Según las instrucciones que el Capitán Wen les había enviado, cada estudiante de Scholomance debía estar en clase a las siete y media.

Una patrulla de doce vigilantes armados marchaba rápidamente por la avenida, pero los demás eran todos estudiantes. La Thirteenth atraía miradas por haber salido de las ruinas, pero poco más. No serían los únicos que tomaban atajos o desviaciones. Al salir a la calle, cruzaron con otra banda cuya capitana, una apuesto Malani con barba cuidadosamente cuidada, se acercó a presentarse con tres acompañantes.

“Capitán Philani, Brigada XXXVIII,” dijo, ofreciendo su mano.

“Capitán Song, Thirteenth,” respondió Song, estrechándole la mano.

El ceño del hombre se levantó, quizás en reconocimiento, pero su actitud permaneció amistosa. Tras un breve intercambio de presentaciones, acordaron avanzar juntos.

“Me han informado que la guarnición realizó una inspección profunda por la avenida anoche para eliminar los nidos de lemures, pero las bestias siempre vuelven a infiltrarse,” declaró el Capitán Phalani. “Hay seguridad en la cantidad.”

Seguramente otras personas pensaban igual, pues Angharad vio a otros grupos caminando por la carretera, demasiado grandes para ser solo una banda. Al comenzar su recorrido, ella y Song quedaron al frente con el capitán, mientras Tristan y Maryam mantenían el ritmo con los demás.

“Aún no he visto un lemure en la isla,” admitió Angharad. “Aunque somos recién llegados, hay que decir.”

“Las sombras son las más comunes,” explicó, “pero como la raza Malani, huyen en grupos y atacan solo a los débiles o heridos. Las verdaderas amenazas son las jaurías de lycosi. La Novena Brigada también difundió que hay un briarid merodeando por el oeste de Allazei, pero parece fácil evitarlo.”

Angharad conocía al briarid, en su mayoría por la impresión que causaba en las páginas de bestiarios. Los briarids también se llaman ‘cien-manos’, muy grandes y sumamente territoriales. Sin embargo, no conocía otro nombre para ellos.

“¿Lycosi?” preguntó.

“Seres similares a lobos que, si han comido carne recientemente, pueden cambiar de especie,” aportó Song.

El otro capitán asintió.

“Uno apenas representa una amenaza para un soldado entrenado,” explicó el Capitán Phalani, “pero se mueven en manadas y son expertos en emplear estrategias astutas.”

La conversación continuó agradablemente mientras caminaban por la Avenida Arsay, aunque tras unos diez minutos tuvieron que detenerse. Había un bloqueo en la carretera por una casa caída, con una multitud de estudiantes rondando los escombros. Tanto la Thirteenth como la Brigada XXXVIII se acercaron con curiosidad, descubriendo el motivo de su interés: había un herido. Una joven de piel bronceada tenía una pierna deformada, quizás rota por los escombros caídos, y varios estudiantes estaban atendiendo su herida.

A su alrededor yacían un par de cadáveres ensangrentados, pero pertenecían a lemures y no a hombres: arpías, monstruos emplumados con garras temibles y cierta inteligencia. Alguna emboscada debió haber ocurrido aquí, pensó Angharad. Una perspectiva desconcertante, dado que tendrían que pasar por ese lugar cinco mañanas de cada siete.

Los estudiantes comenzaban a rodear el colapso, aunque algunos, con espíritu intrépido, atravesaban por la avenida sembrada de escombros. Esa era una de las razones principales del gentío, ya que la vía más sencilla era algo estrecha y se había formado una fila improvisada. Se apartaron del Capitán Phalani allí mismo, pues él pretendía cruzar entre los escombros, mientras Song decidió que bordearían en su lugar. Retrocedieron un trecho y luego se dirigieron hacia el oeste, atravesando una plaza de piedra agrietada.

Allí, sin embargo, sucedió una sorpresa.

“Haz un trazo, entonces,” exclamó con exasperación Ferranda Villazur. “No va a ninguna parte.”

Al otro lado de la plaza, bajo un par de columnas rotas, la Twenty-First Brigada inspeccionaba alguna especie de mecanismo. Zenzele apoyaba sobre una de las columnas, con el sombrero bajado y aparentando media sueño, mientras Ferranda se dirigía a una kneeling Tianxi que Angharad solo podía ver de espaldas. Sin embargo, su centinela designada no perdió de vista la llegada del Decimotercero.

“Bueno, bueno, bueno,” sonrió Shalini Goel, levantándose de la pared. “Mira quién ha llegado enroscado.”

“Parece que llegamos demasiado tarde,” respondió solemnemente Song. “El Someshwar ya ha invadido.”

“Venimos por vuestros sombreros y mujeres,” coincidió Shalini.

A ella le dirigió una sonrisa pícaro y alzó las cejas, lo que hizo que la Pereduri no pudo evitar soltar una carcajada.

“Es un placer volver a verte, Shalini,” dijo, ofreciéndole el brazo para tomarlo.

La corta y voluptuosa tiradora aceptó esa invitación. Para sorpresa de Angharad, incluso se dejó abrazar brevemente, soltándose rápidamente cuando la someshwari fue a saludar a los demás. Mientras tanto, Zenzele se acercó para unirse a la reunión y, justo cuando intercambiaron saludos, arribaron las últimas dos integrantes de su brigada. Ferranda, naturalmente, le era conocida, pero la cuarta era un rostro nuevo.

“Angharad, permítame presentarte a nuestra colega cabalista Rong Ma,” dijo Doña Ferranda.

La Tianxi no era mucho más alta que Shalini, con ojos oscuros y cabello negro corto peinado hacia un lado. Con esas cejas finas y rasgos delicados, Angharad dudaba si estaba viendo a una mujer o a un hombre - o quizá a otra entidad, en realidad.

“Angharad Tredegar,” dijo, tendiéndole la mano.

“Por favor, llámame Rong,” respondió la Tianxi, estrechándola.

Su voz era suave y ambigua, lo cual no ayudaba a aclarar la duda. Angharad tendría que preguntar.

“Rong es una recomendación de la Sociedad Umuthi,” explicó Ferranda. “Van rumbo a la pista de la Catedral de los Relojes.”

Eso fue, sin duda, un indicio. Angharad asintió agradecida con Ferranda por evitarle la incómoda pregunta sobre su género, recibiendo una sonrisa en respuesta.

“No conozco mucho esa Catedral,” confesó.

“Es una distinción interna de la sociedad,” le explicó Rong. “Los Tinkers de la Catedral de los Relojes se especializan en dispositivos totalmente mecánicos, mientras que los de la Deuteronomicon estudian principalmente maquinaria etérea.”

Hicieron una pausa para aclarar la garganta.

“Espero no ser demasiado atrevida al preguntar, pero ¿es cierto que tienes relación con el Capitán Osian Tredegar?”

Angharad se detuvo, sorprendida.

“Es mi tío,” respondió, algo desconcertada. “¿Cómo conoces su nombre?”

“Es un nombre que empieza a sobresalir en la Catedral de los Relojes,” dijo Rong. “Si no fuera por la oportunidad de asistir a la Scholomance, quizás habría intentado ingresar a su taller como aprendiz.”

Uno de estos días, pensó, dejaría de sorprenderse por la profundidad insondable de las cosas que aún desconocía acerca de su tío Osian. Sin embargo, claramente, ese día aún no había llegado.

—Había enviado un aviso de que pasará pronto por la isla —dijo Angharad—. Podría presentarlos, si así lo deseas.

Los ojos de Rong se agrandaron.

—Eso sería muy amable de tu parte —contestaron con alegría.

Eso instauró un tono bastante amistoso, que se prolongó en una ronda de presentaciones entre los cabales, deteniéndose solo cuando el Tianxi fue presentado a Song. La mano que estaban a punto de ofrecer bajó, como temiendo ser quemada por el contacto, y el rostro de la capitana de Angharad se tensó. En su honor, Rong comprendió la rudeza del acto.

—Disculpen —dijeron—. Pero todos saben que tocar a un Ren es...

—Mala suerte —respondió Song con serenidad—. Eso he oído. No importa.

La mirada de Angharad se enfrió al observar al otro Tianxi, que parecía algo avergonzado, pero sin intención alguna de retractarse de la ofensa. Quizá el horario de su tío no permitiría que se realizara la presentación después de todo. Ferranda atravesó la tensión con un optimismo forzado, sugiriendo que caminaran juntos hacia Scholomance, y Song aceptó. El ánimo se había enfriado un poco, pero afortunadamente, la caminata hacia las afueras del colegio, tras girar hacia el este y regresar por la Avenida Arsay, fue solo de unos pocos minutos, pasando por los escombros.

La silueta de Scholomance se elevaba cada vez más, como un gigante que observa desde lo alto, y a su alrededor los restos se volvían cada vez más escasos hasta quedar sólo campos de hierba. Caminando a la sombra del imponente colegio, avanzaron por un amplio patio empedrado. La extensión de los terrenos de Scholomance estaba marcada por un canal poco profundo, ya seco, que, como Angharad observó, solo tenía dos puentes de piedra.

Frente a cada puente, una alta estatua de bronce, muchas de ellas perdidas en el tiempo, y cerca de ellas, los estudiantes formaban fila para esperar. Bajo las estatuas, vestidas con capas negras y portando libros y equipo, había parejas que entregaban a los estudiantes algo que Angharad no pudo distinguir antes de enviarlos en su camino. La Trigésima Primera eligió una fila, y la Decimotercera otra, poniendo fin a su recorrido común.

La despedida fue cortés, aunque notablemente más fría que los saludos iniciales. En honor a Maryam, pareció aún más molesta por la falta de etiqueta de Rong Ma que Angharad misma. Al ponerse en fila, la noblewoman vio que solo había dos cabales delante de ellas, pero el proceso parecía avanzar lentamente. Angharad dejó que su mirada se cascadeara más allá de las capas negras y los estudiantes, hasta centrarse en la escuela misma, y finalmente pudo observarla con mayor detalle.

Scholomance, descubrió, era hermosa.

No lo había esperado. Desde lejos, la escuela parecía un espectro imponente, oscuro y peligroso, y ciertamente lo era —pero también era conmovedoramente hermosa. Su corazón era una catedral de piedra gris pálida, diferente a cualquiera que hubiese visto antes. En su cumbre, se alzaba una

gran cúpula de latón reluciente, con huesos incrustados en azulejos verdes, tan grande como un pequeño pueblo, y desde allí, la escuela se desplegaba como un sueño hechizado de un loco.

A ambos lados de las puertas principales, dos torres de piedra finísima, tan delicadas que parecían encaje, y en la fachada principal, cientos de ojos cautivados por su belleza, que hacía que todos miraran con asombro: toda ella estaba hecha de vitrales de colores. Incluso las puertas, abiertas de par en par. Detrás de esa magnificencia, figuraba una luz fantasmal que se movía, impulsada por alguna mecánica invisible, y su curso daba la sensación de que los colores de la fachada estaban vivos, vibrando con su propia presencia.

A los lados se extendían salas menores, cuyas techumbres estaban cubiertas con las mismas tejas verdes, adornadas con venas de bronce y de un tamaño sorprendentemente amplio; algunas llevaban a torres, muchas de ellas, conectadas por un intrincado laberinto de pasarelas arqueadas que se elevaban a cientos de pies sobre el suelo. Muy al este, Angharad vislumbró una gran esfera de cristal, tocada por balcones de hierro forjado, en cuyo interior parecía extenderse un océano de estanterías de biblioteca. Al oeste, distinguió la silueta de una espiral torturada cubierta de enredaderas, sin techo, con escaleras pálidas que spiraban hacia ninguna parte.

Por todas partes, Angharad encontraba algo digno de contemplar: una estatua de bronce escondida entre las sombras, un riachuelo de flores rojas naciendo de grietas en las paredes, o un sendero entre dos tejados elaborado completamente con candelabros de cristal suspendidos de un arco en lo alto. La última de estas maravillas era tan extraña que Angharad la buscó nuevamente, pero por mucho que mirara, no logró encontrarla. ¿La habría imaginado?, se preguntó, confundida por la abundancia de maravillas.

"Ese lugar," dijo Maryam Khaimov, "es un caldero de Gloam. No confíes en lo que veas."

Angharad se puso rígida.

"¿Son ilusiones?"

¿Algún espíritu en su mente quizás?

"Oh no," dijo con gravedad la Izvorica. "No somos tan afortunados. Todo es real, mientras nuestros ojos lo observen, mientras soporte el peso de la vista. En cuanto dejemos de hacerlo, se moverá a su voluntad."

"¿Quieres decir que esta escuela está viva?" preguntó Angharad.

"Algo lo está," se esforzó por precisar Maryam.

"Es un dios. Hay un dios allí dentro."

Ambas se volvieron hacia Song, quien, incluso mientras hablaba, no había apartado la vista de Scholomance.

"No puedo ver su cuerpo, pero sí sus... tentáculos, por así decirlo. Está en todas partes en la escuela, como una vid que crece dentro de un cadáver y brota de la carne."

"Bueno, al menos ya no tengo hambre," murmuró Tristan. "¿Qué debemos vigilar, Song?"

La Tianxi frunció el ceño.

"No lo sé," admitió. "Nunca he visto algo así, ni siquiera en el Dominio. Es tan profundo que no sé si infestó Scholomance o si es Scholomance. Puedo avisar si nos acercamos al peligro, pero nada más que eso. Se mueve."

La noblewoman tragó saliva. Eso era... inquietante de escuchar. ¿Realmente tendrían que dar sus clases dentro del vientre de la bestia? Sin embargo, la conversación no continuó, pues mientras hablaban, la fila había avanzado lo suficiente como para que en unos momentos los llamaran, desde su pareja de vigilantes junto a la estatua rota —una cabeza y un brazo desaparecidos— gritando que se acercaran. Song tomó la iniciativa, Angharad la siguió de cerca, y un hombre bigotudo les ordenó detenerse cuando consideró que estaban lo suficientemente cerca.

"¿Hermandad?" preguntó.

"Decimotercera," respondió Song.

"¿Todos ustedes?"

Angharad asintió cuando su mirada dio en ella, y los demás hicieron lo mismo. El vigilante miró a su compañera, quien, tras ponerse la mano en un viejo sombrero de cuero, sacó en secreto una piedra pintada de amarillo.

"Son cuatro para el amarillo," dijo. "Lo anotaré."

Mientras la vigilante tomaba un libro de registros escondido tras el pie de la estatua y buscaba una pluma, el otro guerrero con capa negra levantó una bolsa de cuero y extrajo unos cordones amarillos. Contó cuatro, metió el resto en la bolsa y se los entregó a Song, quien distribuyó los lazos entre los demás integrantes del grupo.

"A tu alrededor de la muñeca," instruyó el vigilante.

Angharad aclaró su garganta mientras la colocaba como le habían indicado.

"¿Podría preguntar," dijo, "el significado del color?"

"Amarillo," respondió el vigilante con rostro impasible. "¿Qué demonios crees que significa, muchacha?"

Los labios de Angharad se comprimieron.

“Cuatrocientos estudiantes son demasiados para un solo docente,” les informó la vigilante sin levantar la vista del libro de registro. “Serán divididos en cuatro grupos de cien, diferenciados por color.”

El hombre bufó con desdén.

“Al cruzar el puente, habrá oficiales con banderas de colores,” dijo. “Diríjense al que corresponda a su color y los organizarán para la clase.”

“Gracias,” respondió Song, inclinando levemente la cabeza.

“No retrasen la fila,” gruñó nuevamente el vigilante.

Angharad le lanzó una mirada fulminante al pasar junto a él, algo que él ni siquiera notó, mientras ambos seguían el mismo proceso para el cabal que esperaba tras el Decimotercero. Los cuatro cruzaron el puente, encontrando al otro lado lo que les habían dicho. Dispersos en la plaza pavimentada estaban cuatro oficiales bajo banderas de colores: rojo, azul, verde y amarillo.

El suyo era el más a la izquierda, un Aztlán de casi treinta años, y para el disgusto de Angharad, parecía bastante disoluto. No solo había traído una silla plegable para sentarse, apoyando la bandera contra su hombro en lugar de sostenerla, sino que además fumaba en pipa. La situación empeoraba cuando ella se acercó y pudo observarlo bien. Con su barba incipiente, el cabello largo y desordenado en una coleta – con los lados rapados –, y las gafas ligeramente torcidas, el hombre parecía más un bandido que un caballero de capa negra. Incluso su uniforme era descuidado, arrugado, mientras que su abrigo parecía para un hombre dos veces más grande.

Él les hizo un gesto al notarlos, tirando de su pipa. Sus ojos marrones pasearon de uno a otro, luego se rió y dibujó un círculo perfecto con su aliento de humo.

“Ojos plateados,” enumeró. “Un bailarín de espejos y el único pálido en Tolomontera. A pesar del tricorne ausente, deben ser la Decimotercera Compañía.”

Angharad parpadeó, sorprendida. ¿Habían llegado incluso a oídos de la guarnición local su reputación?

“Así es,” confirmó Song. “Un placer conocerle...”

“Profesor Tenoch Sasan,” dijo el hombre. “Por el color de su cinta, parece que seré su instructor en Saga.”

¿Un profesor? Pero parecía tan... Tal vez era alguna moda de Izcalli, pensó Angharad desesperada, y solo parecía que no se molestaba en vestirse de manera presentable. A su lado, Tristan soltó un ruido.

“¿Amigo de Wen, señor?” preguntó.

El profesor Tenoch rió.

“Vaya chico astuto,” lo alabó. “¿Qué te delató?”

“Rara vez llevo el tricorne en la isla,” dijo Tristan. “Y la capitana Wen proviene del gremio de historiadores de la Sociedad Arthaśāstra, lo cual encaja con la materia que enseñas.”

Angharad ni siquiera sabía que la capitana Wen perteneciera a algún pacto, así que esto fue una sorpresa. Sin embargo, ¿una Laurel? No había un solo hueso diplomático en ese hombre.

“Venimos juntos,” confirmó el profesor. “Aunque hasta anoche no lo había visto en años, desde aquel altercado en Tariac que lo obligó a retirarse.”

El Aztlán sonrió con picardía.

“Creo que ha empeorado,” dijo. “Eso sí que impresiona.”

Mientras Angharad batallaba en vano con la duda de cómo debía responder a esa afirmación — ¿estar de acuerdo, preguntar, ignorar educadamente? — el hombre aclaró la garganta.

—Pero no estás aquí por antiguas historias —dijo él—. Vamos a ponerte en camino hacia la clase.

El profesor extendió el pulgar hacia un lado, hacia las puertas de cristal emplomado abiertas.

—Por hoy, ingresarás por allí —dijo—. Dirígete al aula de conferencias del oeste, lo que significa girar a la izquierda justo después de pasar la puerta. Antes del gran salón, para ser precisos. No entres en él.

Se pimpló su pipa, exhalando después el humo por las fosas nasales. Angharad arrugó la nariz al oler el tabaco. Era un vicio sumamente desagradable. Su padre lo había despreciado mucho, tanto que en una ocasión intentó convencer a su madre de no enviarle las hojas.

—El camino es sencillo —les explicó el profesor Tenoch—. A unos diez pies de distancia habrá una estaca de metal clavada en el suelo con una cinta amarilla atada a ella. Sigue ese rastro y te llevará directamente al aula de clases que buscas.

Luego el Azteca se inclinó.

—De ninguna manera, bajo ninguna circunstancia, te apartes de ese sendero —dijo—. La Scholomance no es el salón de tu madre: la escuela está muy viva y busca acabar con todas las almas que le salgan al paso.

Angharad se quedó quieta ante esa confesión tan franca. Desde un principio había sentido que todo ese asunto era siniestra, pero no esperaba que se lo dijeran tan claramente.

—Hasta que aprendas a recorrer los pasillos, nunca te alejes de las estacas —continuó el profesor Tenoch—. Ellas hacen que la Scholomance permanezca en un radio delimitado, impidiendo que cambie su distribución para atraparte en sus profundidades y matarte.

El profesor levantó cuatro dedos.

—Aquí van cuatro reglas que te ayudarán a sobrevivir el año, cortesía de mi buen humor —dijo.

Angharad enderezó la espalda. A pesar de su etiqueta, no estaba dispuesta a despreciar sus palabras. Seguramente la Vigilancia no lo habría contratado como profesor si fuera tan descuidado como parecía.

—Primero: nunca confíes en lo que escuches o veas fuera de una habitación cerrada. La Scholomance puede y desviará su forma en cuanto dejes de prestar atención, pero dentro de los límites cerrados de una habitación no puede hacerlo.

Un dedo bajó.

—Segundo: nunca te andes solo ni sin armas. La escuela atraerá lemures y demonios hacia ti si cree que tiene oportunidad de matarte. Lo hace con precaución —solo unos pocos se internan en sus trampas y le resulta difícil tener más de uno en su control a la vez—, pero no duda en aprovechar una oportunidad si detecta un hueco.

Otro dedo bajó.

—Tercero: para asegurarnos, ¿todos tienen todavía sus placas? —preguntó.

Todos asintieron. En realidad, Tristan había confiscado una al Cuadragésimo Noveno en su mala emboscada, y su cábala incluso contaba con una adicional.

—Bien —dijo el profesor Tenoch—. Llévenlas siempre consigo y, si alguna vez se encuentran en un lugar que no parezca pertenecer a la Scholomance, intenten tener contacto constante con ella.

Angharad frunció el ceño ante esa advertencia, que parecía una forma indirecta de referirse al extraño lugar en que Tristan había llegado por accidente.

—¿Estás hablando de capas? —preguntó Maryam.

—Ah, justo, uno de ustedes ya encontró la Hora de Bruja —reflexionó el profesor Tenoch—. En efecto, hay que tener cuidado con las capas. Existe al menos una que puede ser atravesada desde los terrenos de la escuela, y la Scholomance intentará engañarte para que entres en ella y así las criaturas puedan poseerte. Contar con una fuente de Luz Radiante de alta pureza ayuda a prevenir esto, si puedes conseguir una.

No podían, incluso contando la moneda que su tío Angharad le había enviado. Tales cosas tenían un precio elevado, aún más en islas remotas como Tolomontera. Los últimos dos dedos cayeron junto con la mano.

“Cuarta y última,” dijo el profesor, “debes prepararte para la eventualidad de no haber respetado las tres primeras reglas.”

Angharad parpadeó sorprendida.

“Serás engañada por Scholomance,” afirmó el profesor Tenoch con una certeza inquebrantable. “Es una entidad antigua y despiadada, que ha devorado muchos secretos y tesoros para comerciar con ellos. Encontrará la forma de tentarte a hacer algo imprudente eventualmente.”

La expresión de Song era rígidamente neutral, la de Tristan claramente escéptica, y la de Maryam oculta —había levantado su capucha. Angharad, en realidad, tendía a confiar en el profesor. Creía en su fuerza de voluntad para resistir a los espíritus y sus trucos, pero enfrentarlos cada día durante años? Eso era otra historia. El agua siempre encontraba una forma de filtrarse.

“Puedes negarlo, por supuesto,” continuó el profesor, “y quizás te pierdas cuando llegue ese día.”

Se encogió de hombros.

“O puedes prepararte para la eventualidad y tal vez sobrevivir. La decisión es tuya.”

El profesor metió la mano en su abrigo sobredimensionado, sacando un fósforo y golpeándolo contra su manga. Encendió de nuevo la pipa que se había apagado, inhalando con cuidado. Luego exhaló una corriente gris mientras canturreaba con satisfacción, y Angharad volvió a arrugar la nariz. El olor realmente era asqueroso, y sabía que se impregnaba en todo.

“Vamos, entonces,” dijo el profesor Tenoch. “Intenta disfrutar de la clase del Mandato; he oído cosas buenas de tu maestra.”

Angharad lamió sus labios, dudando. Pero si no preguntaba, ¿cómo iba a saber?

“Señor,” dijo finalmente. “¿Por qué la Vigilancia quiere que estudiemos aquí, en medio de todo? ¿Por qué arriesgar nuestras vidas?”

El hombre la observó un momento, como si la ponderara con la mirada,

“¿Alguna vez has estado al borde de hacer algo sumamente imprudente, Tredegar?” preguntó.

Pensó en un lago negro como la tinta, cuya superficie permanecía inmóvil por el viento, pero reflejaba las estrellas arriba como un espejo. En un santuario como dientes rotos, susurrando en medio del silencio. Podría haberse dado la vuelta aquella noche. Tomar el bote hacia la orilla, seguir caminando hacia el norte. Pero no lo hizo.

Tragó saliva y asintió.

“En esos momentos, nuestra naturaleza es que la duda se intente colar,” dijo el profesor. “La hesitación, ese impulso por sobrevivir.”

El hombre sonrió, mostrando dientes manchados.

“Scholomance,” dijo el profesor Tenoch Sasan, “es la forma en que matamos esa voz.”